

Mario Sznajder

(Departamento de Ciencia Política,
Universidad Hebrea de Jerusalén, Israel)

El impacto del Fascismo sobre el desarrollo de la vida contemporánea ha sido tal, que la investigación del fenómeno y el interés en este no decrecen, pese a que algunos lo dan por finalizado con la Segunda Guerra Mundial. Paradigmática es la discusión publicada durante el 2004 en EWE, en la que Roger Griffin presenta su definición de Fascismo que viene discutida y criticada por más de una veintena de académicos que han dedicado investigaciones al tema¹. La continua aparición de textos de investigación sobre diversos aspectos del Fascismo, del neo-fascismo y de temas relacionados es otra prueba de que «el Fascismo no ha muerto», al menos como tema de investigación. Fenómenos políticos actuales, como la «democratización» del Movimento Sociale Italiano, reciclado, a partir de 1995 en Alleanza Nazionale, por parte de Gianfranco Fini, vice-primer ministro de Italia, y sus intentos de depurar la propia imagen fascista, apoyan la hipótesis que sostiene la no-desaparición del Fascismo de las esferas públicas². Una de las explicaciones más plausibles fue proporcionada por Zeev Sternhell quien, hace años sostiene que siendo el Fascismo ideológico una respuesta a los múltiples problemas que presentan la modernidad y la modernización, sólo puede desaparecer cuando estos problemas sean superados³. Apuntando, en el plano filosófico

¹ Véase el artículo de Griffin y las respuestas en: *Erwagen Wissen Ethik*, 15(1) 2004.

² M. Sznajder, «Has *Alleanza Nazionale* ceased to be a neo-fascist political party?», *Política*, 39-40, 2000.

³ Z. Sternhell, M. Sznajder, M. Asheri, *Nascita dell'ideologia fascista*, Milano, Baldini e Castoldi, 1993, pp. 9-52. El texto original en francés fue publicado en Paris, por Fayard en 1989 y existe un texto en castellano, publicado en Madrid por Siglo XXI en 1994.

político, a la naturaleza anti-racional, anti-universalista y anti-materialista del Fascismo, Sternhell sostiene que hay en éste un tentativo revolucionario, si se quiere «derechista» pero no reaccionario, contra el doble impacto del iluminismo, representado políticamente por la herencia de la Revolución Francesa y las revoluciones industriales con los consecuentes cambios políticos, sociales y económicos que implican y que han caracterizado en zonas diversas del planeta, en los últimos dos siglos. Existen otras respuestas que complementarían esta hipótesis pero pareciera que se puede aprovechar la investigación existente sobre los orígenes ideológicos del Fascismo para comprender su validez.

La relación entre Fascismo y Sindicalismo Revolucionario no es obvia ni clara. El Sindicalismo Revolucionario surge como una variante socialista-marxista extrema y revolucionaria, tanto en Francia como en Italia y tiene ramificaciones ideológicas en movimientos afines en muchos lugares de Europa y aun fuera de ésta. El Fascismo, más allá de la tesis de Ernst Nolte sobre su naturaleza reactiva frente al comunismo bolchevique y su carácter epocal, encerrado entre las dos guerras mundiales, es un movimiento que se enfrenta violentamente al Socialismo Marxista, en el que prospera el Sindicalismo Revolucionario. Se puede demostrar que el Sindicalismo Revolucionario se manifiesta, en el plano ideológico y práctico-político en sus elementos principales antes de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Soviética de 1917.

También es posible trazar en forma inequívoca la relación ideológica entre Sindicalismo Revolucionario y Fascismo, y qué más apropiado que hacerlo ahora, a un siglo del evento que significó en Italia la afirmación de la importancia política práctica del Sindicalismo Revolucionario, dentro de las filas de la izquierda y especialmente del Partito Socialista Italiano (PSI). Me refiero a la huelga general revolucionaria de Septiembre de 1904 la que, en forma embrionaria contiene las bases ideológicas del Sindicalismo Revolucionario y los elementos principales que serán ulteriormente transferidos a la ideología fascista.

Más allá de la influencia que el Sindicalismo Revolucionario ejerció en forma directa sobre la formación política de Benito Mussolini, reconocida por éste en el famoso artículo en la Enciclopedia italiana, edición «fascista» de 1932, en la que el Duce define al Sindicalismo Revolucionario como fuente del desarrollo ideológico del Fascismo y del rol que diversos pensadores y líderes sindicalistas revolucionarios jugaran en la creación y desarrollo del movimiento fascista, hay que tener en cuenta la secuencia, si se quiere

dialéctica, de génesis ideológica y práctica política que caracterizó a este movimiento, desde sus orígenes y hasta el ascenso del Fascismo al poder en Italia⁴. Hay que tener también en cuenta que a partir de las prácticas políticas del Sindicalismo Revolucionario, se desarrolla un nuevo estilo político, elitista, voluntarista y de acción directa que más adelante enlazará con la violencia fascista.

Se trata de dos décadas en las que el proceso de construcción nacional italiano enfrenta todos los problemas heredados del Risorgimento, resumidos en la famosa frase: «Hemos creado Italia, ahora hay que crear a los italianos»⁵. Ésta, agregaría a los temas ya citados, uno no menos importante, que es el de la identidad colectiva, tanto desde el punto de vista nacional, como desde el punto de vista social. En este sentido, hay que tener en cuenta que el tipo de movilización social que implicaba por un lado la modernidad y por otro la modernización, requerían a la vez soluciones viables tanto en el plano de la pertenencia a categorías claramente definibles –y de aquí la importancia que van adquiriendo la nación y la corporación económica–, así como mecanismos de resolución material, en los que ambas categorías resultarán también prácticas. Estos problemas se tornan centrales en Italia, a principios del siglo XX no sólo por lo ya mencionado sino también porque las fuertes características regionalistas, la confrontación entre el secularismo y el catolicismo, el desarrollo económico-industrial especialmente asimétrico entre el Norte y el Sur, así como la súper-imposición de un sistema político, que no sólo viene desde Piamonte a través de una serie de guerras y conquistas militares, sino que es de carácter elitista. Todo esto transforma el proceso de construcción nacional y la relacionada modernización en temas de difícil aproximación⁶.

SINDICALISMO REVOLUCIONARIO

Hacia fines de 1902, el tardíamente organizado Socialismo italiano contaba ya con una facción Sindicalista Revolucionaria, de inspiración ideológica francesa. Sus primeros líderes en Milano, y especialmente Arturo Labriola, preocupados, en términos socialistas por las respuestas revisionistas al no-

⁴ B. Mussolini, «Fascismo», *Encyclopedia italiana*, Roma, Treccani, 1932. El artículo sobre Fascismo fue escrito por Giovanni Gentile pero nominalmente atribuido a Mussolini.

⁵ Este es el famoso *dictum* de Massimo d'Azzeglio. «Fatta l'Italia bisogna fare gli italiani», disse Massimo d'Azzeglio quando sorse il primo nucleo unitario nazionale.

⁶ Sobre estos temas véase L. Cafagna, «La rivoluzione industriale in Italia (1830-1914)», en: C. Cipolla (ed.), *Storia economica d'Europa*, Torino, Einaudi, 1980; R. A. Webster, *Industrial Imperialism in Italy*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1975; y S. Lanaro, *L'Italia nuova. Identità e sviluppo, 1861-1988*, Venecia, Marsilio, 1979.

cumplimiento de la profecía revolucionaria de Marx, intentaban desarrollar una revisión marxista de carácter revolucionario. Intentando contrarrestar la influencia en Italia del socialismo gradual o reformista inspirado en Bernstein, pretendían, a través de las páginas de su publicación *Avanguardia socialista*, proponer una alternativa basada en las teorías revolucionarias de Georges Sorel. El Sindicalismo Revolucionario sostenía que el proletariado organizado en sindicatos constituiría una elite moral y material. Ésta, a través de la acción directa, sería eventualmente capaz de desplazar a la burguesía del control de los procesos de producción y, apoderándose de estos procesos, lideraría la construcción de una «sociedad de productores libres». Los sindicalistas revolucionarios aborrecían a la vez a la democracia liberal y lo que sería la social-democracia, o forma de socialismo adapta a ésta. Esto, en un período en el que el Partido Socialista Italiano era dominado por Turati, Treves y Modigliani, todos socialistas reformistas. La política italiana, se desarrolló bajo el control directo o la sombra de Giovanni Giolitti, el líder de los liberales y fervoroso partidario del compromiso político que le permitió a la vez diluir ímpetus revolucionarios de izquierda en una larga serie de acuerdos políticos, desarrollar la economía del país como nunca antes y hacer todo esto en un marco calificado de transformista, es decir ejerciendo una mezcla de patronalismo corrupto y absorbente, que ampliaba la base política del país sin poner en peligro sus políticas de corte liberal. Para los líderes sindicalistas revolucionarios, interesados en la revolución, la combinación entre el transformismo giolittiano y el reformismo turatiano significaban no sólo la muerte del socialismo sino también la condena del Sur al subdesarrollo profundo. Esto, debido a que las políticas industriales proteccionistas operadas por Giolitti, favorecían el desarrollo industrial del Norte de Italia a costas del Sur agrícola exportador. Es por esto que en Italia se agrega otro elemento fundamental que en el análisis de Sorel, ideólogo del Sindicalismo Revolucionario francés, era débil. El liberismo de los sindicalistas revolucionarios italianos proponía el enfrentamiento entre proletariado organizado y burguesía organizada, sin que la última contara con la protección del Estado y en términos de mercado libre total. Esta propuesta de Arturo Labriola y Enrico Leone, ambos economistas profesionales, originarios del Sur e influenciados por los desarrollos teóricos de la economía de las últimas décadas del siglo XIX, tenía a la vez serios fundamentos de legitimidad teórica y científica –legitimidad muy proclamada por socialistas, especialmente desde Marx–, y a la vez implicaciones políticas prácticas en términos de Italia, su socialismo y el problema del Sur. Ellos entendían que

el tipo de liberalismo patronalista ejercido por Giolitti, a través de la política desarrollista y proteccionista, no sólo perjudicaba a los sectores agrícolas, especialmente en el Sur, sino que reforzaba a la burguesía del Norte. Peor aún, convertía a los obreros industriales, que eran la base social del Socialismo italiano, en aliados de Giolitti, ya que éste practicaba una política que aseguraba sus intereses y a la vez los contraponía a la masa agraria, sin la cual, según Labriola y Leone, no habría ni Socialismo, ni revolución, ya que simplemente constituían aún la mayoría de la población de Italia. La visión económico-política de Italia sería en la primera década del siglo, una de las características centrales y novedosas del Sindicalismo Revolucionario⁷.

Junto al desarrollo económico se desarrollaban las luchas sindicales. En 1904 los incidentes violentos en torno a este tipo de conflictos eran numerosos. Sin embargo, el Sindicalismo Revolucionario, siendo un ala minoritaria del Socialismo y sin firmes bases obreras organizativas, sólo aportaba su análisis. En septiembre de 1904 se abrió una «ventana de oportunidad» cuando tras los incidentes mineros de Buggerru, en Cerdeña, obreros de Milán, lanzaron la huelga solidaria. El periódico sindicalista ya había publicado sobre la huelga general revolucionaria⁸. Esta idea que circulaba por toda Europa tuvo eco en Italia, aunque había sido rechazada como opción operativa por el Partido Socialista. Para los Sindicalistas Revolucionarios, el estallido casi espontáneo de un evento gigantesco de acción directa fue una señal del achicamiento de la brecha entre teoría y práctica. Avanguardia socialista tituló el evento como: «Le cinque giornate della prima esperienza della dittatura del proletariato»⁹. Esto era también una prueba del divorcio entre las actitudes revolucionarias del proletariado y la naturaleza reformista del Partido Socialista Italiano (PSI). Las huelgas y el desarrollo del sindicalismo llevan a continuos roces entre los Sindicalistas Revolucionarios, que van penetrando las organizaciones sindicales en Ferrara, Parma, Piombino y en Puglia, y el PSI. Lentamente, los líderes Sindicalistas Revolucionarios no sólo constituyen una facción independiente –que ya en esa época es fuente de inspiración ideológica para Benito Mussolini– sino que desarrollan sus propios órganos de propaganda y acción. En 1905 ya se publica *Il Divenire Sociale*, en Roma, y en 1906 comienza a publicarse *Pagine Libere*, en Lugano. Estas publicaciones teóricas darán a luz el percurso ideológico del Sindicalismo Revolucionario hasta el Fascismo de la primera hora. *Il Divenire Sociale* es publicada hasta 1910. *Pagine Libere* verá luz, con interrupciones hasta los comienzos de la era fascista.

⁷ E. Leone, «Postilla», en: *Il divenire sociale*, 16/09/1908, 296.

⁸ Véase, por ejemplo, H. Lagardelle, «Lo sciopero generale e il socialismo», *Avanguardia socialista*, 03/09/1904, 1.

⁹ «Le cinque giornate della prima esperienza della dittatura del proletariato», *Avanguardia socialista*, 24/09/1904, 1.

Entre 1906 y 1907 el ala Sindicalista Revolucionaria, marginada y rechazada por la mayoría socialista reformista, se escinde del PSI y se concentra en la política sindicalista de acción directa y huelgas generales revolucionarias. Estas alcanzarán su cenit en 1907-1908, con las huelgas generales agrarias del Valle del Po. Estas serán ya lideradas por sindicalistas de la nueva generación como Michele Bianchi, Alceste De Ambris y Filippo Corridoni, convencidos de llevar a cabo una lucha política a la vez radical y anti-partidista, en la que la elite obrera organizada es capaz de catalizar el conflicto y quitar el control de la producción a la burguesía.

La huelga general revolucionaria de Parma en 1908 duró ocho semanas y sus participantes activos fueron más de 33.000 obreros agrícolas. Fue reprimida sólo tras la intervención del ejército. Este ápice sindicalista abre una nueva etapa de desarrollo teórico en la que se evalúan seriamente las tesis sorelianas sobre el mito movilizador, la violencia como motor de la historia, y los fundamentos económicos de la teoría de Marx.

A todo esto hay que agregar otro elemento central de la problemática italiana del primer decenio del siglo XX: la emigración masiva, especialmente desde el empobrecido Sur del país. Este tema preocupa a muchos y se une a la común aversión que tanto Sindicalistas Revolucionarios como nacionalistas seculares sienten a la vez por la democracia liberal, el reino, y todo lo que representa la «Italia oficial». Es así que ambas facciones ven en estas características, síntomas de una «enfermedad mortal» que aqueja a su sociedad y que es personificada por la figura de Giolitti¹⁰. Esto permitirá, junto a la revisión de la teoría económica de Marx, que los Sindicalistas Revolucionarios italianos dejen el mito movilizador de la huelga general revolucionaria para reemplazarlo por el de la guerra revolucionaria. Este nuevo tema, mítico en términos sorelianos y práctico a través de la realidad internacional e interna italiana, les permitiría superar las contradicciones de su sociedad en el camino a la revolución. Esta posición era muy lejana de una glorificación del ejército o cualquier tipo de militarismo. Sorel mismo veía en el ejército una expresión del Estado represivo¹¹. Esto iba en la línea del rechazo al servicio militar por parte de Gustave Hervé, línea socialista e internacionalista, adoptada en Italia por uno de los máximos líderes del Sindicalismo Revolucionario, Filippo Corridoni. Éste publica una hoja antimilitarista, *Rompete le file!* que incita a la «huelga general revolucionaria militar», es decir, a la huelga de soldados¹².

¹⁰ Este punto de vista es presentado por M. Isnenghi, *Il mito della grande guerra*, Roma-Bari, Laterza, 1973.

¹¹ G. Sorel, «L'antimilitarismo in Francia», *Avanguardia socialista*, 06/01/1906, 1.

¹² El relato histórico del anti-militarismo de Corridoni se encuentra en «Impressioni e ricordi», *L'Italia nostra*, 26/10/1918, 2.

Sin embargo, ya desde 1907, los teóricos del Sindicalismo Revolucionario y especialmente Arturo Labriola, comienzan a discutir la relación entre revolución y huelga, en términos de mito movilizador. A ellos se agregan, hacia fines de la primera época, Angelo O. Olivetti y Paolo Orano. Estos analizan la relación entre los conceptos centrales del socialismo y los del nacionalismo llegando a la conclusión de que nación y guerra no son antitéticos de sindicalismo y revolución. Orano intenta, a través de la publicación de *La Lupa*, en 1910, revisar las similitudes de movimientos de masa de izquierda y derecha en torno al tema de la emigración, la guerra y el colonialismo. El nacionalismo populista de Corradini y Viana rescata estos temas también y, al menos en cierto ámbito intelectual, se va estableciendo un puente conceptual entre el Sindicalismo Revolucionario y el nacionalismo radical, en Italia.

Reflexionando sobre la emigración italiana, especialmente a Argentina, Corradini desarrolla el concepto de «nazione proletaria» en contraposición a las naciones burguesas y colonialistas¹³. El nacionalismo proletario terminará propugnando una teoría de imperialismo proletario, según la cual, países con tanta emigración como Italia necesitan colonias para no perder su capital humano a favor de otros países, que ulteriormente serán sus competidores y les disputarán «un lugar bajo el sol». Ambos movimientos perciben la necesidad de apelar a la masa movilizable políticamente en términos digeribles para ésta, ya que sin ésta, en política moderna, el futuro pareciera no existir. Todo esto se desarrolla a través de discusiones ideológicas con anterioridad a la polémica sobre la Guerra de Trípoli (o de Libia) que ocupará la escena pública italiana durante gran parte de 1911.

La discusión sobre la guerra en 1911 dividió a los Sindicalistas Revolucionarios entre algunos prominentes intelectuales que apoyaban la guerra y la mayoría de los líderes operarios que, de acuerdo a los principios internacionalistas, se oponían¹⁴. Los intelectuales como Labriola, presentan las posiciones innovadoras y hasta heréticas –desde el punto de vista socialista–, a las que más tarde adherirán también la mayoría de los líderes sindicales. Esto no compone un cuadro homogéneo. Enrico Leone, quien junto con Arturo Labriola, había elaborado la revisión de la teoría del valor de Marx que permite al Sindicalismo Revolucionario tomar posiciones teóricas de carácter produccionista, y que terminarán no sólo alejándolo sino contraponiéndolo a cualquier tipo de Marxismo, se declara contra la guerra ya que

¹³ E. Corradini, «Nazionalismo e sindacalismo», *La Lupa*, 16/10/1910, 2; Idem, «La nazione proletaria e il nazionalismo», in: Idem, *Discorsi politici (1902-1923)*, Firenze, Valecchi, 1923, 103-118.

¹⁴ AA.VV., *Pro e contro la guerra di Tripoli*, Napoli, Partenopea, 1912.

no ve en ésta una categoría económica que aporte algo al sindicalismo¹⁵.

Por otro lado, Benito Mussolini quien en aquellos momentos se destacaba como líder del ala revolucionaria del PSI, intenta, junto a líderes sindicalistas como Alceste De Ambris, a quien mucho respetaba, la huelga general para impedir que Italia vaya a la guerra por Trípoli. Es el fracaso de esta huelga general y la ola de entusiasmo popular y patriótico que acompaña a la campaña bélica de 1911, la que lleva a Mussolini, como socialista revolucionario, a reflexionar en los términos que ya habían propuesto Labriola, Olivetti y Orano, sobre categorías revolucionarias y mitos movilizadores, reflexiones que lo llevarán a adherir al «neutralismo activo» de 1914 y luego al intervencionismo que precede a la entrada en la Primera Guerra Mundial de Italia en Mayo de 1915. Es en la discusión sobre la Guerra de Trípoli donde podemos encontrar los antecedentes del acoplamiento entre los conceptos de revolución y guerra, nación y proletariado.

La revisión de la teoría del valor de Marx había aportado otro elemento teórico esencial para la formación de un socialismo nacionalista o socialismo nacional. Al querer, Labriola y Leone, «modernizar» desde el punto de vista científico, la teoría del valor, hicieron uso de categorías de análisis matemático-hedonistas, inspiradas tanto en Walras y su discípulo Pareto, como en la escuela austríaca de Eugen Boehm-Baewerk, cuyo discípulo Ludwig von Mises fue, posteriormente, el maestro de Friedrich von Hayek. Según éstos el cálculo real de la plusvalía tenía que ser basado en elementos hedonistas que, de acuerdo a las mencionadas escuelas, regían la conducta de homo oeconomicus. Por otro lado, la lógica de los mercados libres –sin protección estatal a favor de ningún actor económico– tendía a conseguir estabilidad a través del equilibrio, tal como lo había propuesto Alfred Marshall. De aquí que los temas igualitarios clásicos del socialismo venían a ser enfocados no a través de las funciones redistributivas del Estado sino del mercado equilibrado y productor de riquezas crecientes. Es fácil entender cómo a nivel social, el esquema marxista de clases poseedoras y desposeídas era sustituido por otro de clases productoras y clases parásitas¹⁶. Si a esto se agrega el principio político de la acción directa y el antiparlamentarismo que éste representa, así como la crítica de los partidos, que por esa época encuentra legitimidad analítica en las obras de Robert Michels, y el elitismo social y político analizado por Vilfredo Pareto y Gaetano Mosca, podemos entender que la «cientificación»

¹⁵ E. Leone, *Espansionismo e colonie*, Roma, Tipografia nazionale, 1911.

¹⁶ A. Labriola, «Sul momento attuale della scienza economica», *Pagine Libere*, 15/02/1907. Idem, «Il limiti del sindacalismo rivoluzionario», *Il Divenire Sociale*, 01/08/1910; E. Leone, *La revisione del marxismo*, Roma, 1909; Idem, «Il plusvalore nell'edonismo e nel marxismo», *Il Divenire Sociale*, 16/07/1907; Idem, *Il sindacalismo*, Palermo, Sandron, 1907.

de la teoría del valor es en el fondo una revisión profunda de ésta¹⁷. A través de esta revisión, Labriola, Leone y los otros sindicalistas revolucionarios, no estaban cambiando sólo los términos en los cuales devendría posible la revolución socialista, sino que estaban creando un nuevo tipo de socialismo. Agregando las teorías sorelianas sobre el mito movilizador basadas a su vez en la percepción de Le Bon sobre la irracionalidad de la masa y sus respuestas positivas a líderes carismáticos, así como la percepción de Sorel sobre el rol de la violencia como motor de la historia y el progreso, se va completando el cuadro de este nuevo socialismo. Por un lado se trata de la absorción y síntesis de la revolución cultural anti-positivista que se lleva a cabo en Europa, y especialmente en Francia, a fines del siglo XIX. Por otro, la práctica política de los principios enunciados y especialmente la aplicación del mito movilizador en la forma de la huelga general revolucionaria, en la primera década del siglo XX, como contra-posición a la democracia liberal parlamentaria, de compromisos transados y por ende anti-revolucionaria. El tercer lado estaría compuesto por los problemas del desarrollo asimétrico y la necesidad de crear categorías en las que, eventualmente, la masa popular agraria, aún no proletarizada, pueda ser incluida en el nuevo socialismo. La revisión de Marx por parte del sindicalismo revolucionario resulta en un nuevo tipo de socialismo que, al convertirse en produccionista y proclive al orden social corporativo, internaliza el concepto de la nación como sujeto histórico básico y acepta como nuevo mito movilizador el concepto de la guerra revolucionaria.

Todo esto, discutido ideológicamente a fines de la primera década y principios de la segunda década del siglo veinte, precede a la Primera Guerra Mundial y sienta las bases de un socialismo nacional, anti-marxista, anti-parlamentarista, elitista y guerrero que prefigura al Fascismo de la primera hora. Esto no significa que los sindicalistas revolucionarios hayan renunciado a la idea de la revolución, sino que buscaron la manera «científica» y «práctica» de llevarla a cabo.

El distanciamiento del socialismo oficial es tal que los sindicalistas revolucionarios crean su propia organización sindical, separada de la Confederación Generale del Lavoro (CGL), que antes de la Primera Guerra Mundial contaba con más de 300.000 miembros. En 1912, el Sindicalismo Revolucionario funda en Módena la Unione Sindicale Italiana (USI), que rápidamente tendrá más de 100.000 miembros¹⁸. Para estos grupos, los episodios violentos de la

¹⁷ Véase la teoría y la práctica de la «ley de hierro de la oligarquía», en: Robert Michels, *Political Parties*, London, J. Harrod, 1915; Idem, *Storia critica del socialismo italiano dagli inizi fino 1911*, Firenze, La Voce, 1926.

¹⁸ G. B. Furiozzi, *Il sindacalismo rivoluzionario italiano*, Milano, Mursia, 1977, 50-55.

Settimana rossa, en junio de 1914, delinean el potencial revolucionario que existe en Italia y que el Partido Socialista no es capaz de encausar.

La Primera Guerra Mundial no sorprende a los sindicalistas revolucionarios que desde un primer momento adoptan una posición claramente intervencionista pero a favor de Francia, la patria de la revolución, y contra Austria y Prusia, percibidas como cabezas de imperios reaccionarios, y siendo la primera, objetivo del irredentismo italiano.

El 18 de agosto de 1914, Alceste De Ambris lanza, en la sede de la Unione Sindacale Milanese, un violento ataque contra el neutralismo. Para él, la nueva guerra es parangonable con la Revolución Francesa e Italia debe aliarse con quienes estando a favor del progreso, intentan frenar la reacción teutónica¹⁹.

Los líderes abren camino con posiciones ideológicas aún no digeridas por la mayoría. Filippo Corridoni, el líder de la Unione Sindacale Milanese (USM), en aquel momento en prisión por pasadas manifestaciones antimilitaristas violentas, adhiere a la posición de De Ambris. Los sindicalistas de Parma, antiguos compañeros de las huelgas generales revolucionarias, componen la masa minoritaria que desafía las posiciones neutralistas de la USI, el socialismo italiano en general y de la Segunda Internacional junto a la USM fundan el Fascio rivoluzionario d'azione internazionalista. Olivetti publica el manifiesto de este grupo en la nueva serie de Pagine Libere y a estos se adhiere Benito Mussolini, hasta entonces prominente líder socialista y editor del Avanti!. Mussolini abandona la posición neutralista del PSI y en noviembre de 1914, financiado con dinero francés, comienza a publicar *Il Popolo d'Italia*, que no sólo será el portavoz del intervencionismo sino también del Fascismo²⁰.

La campaña intervencionista culmina con la entrada en guerra de Italia, como aliada de Francia y Gran Bretaña, en Mayo de 1915. Es verdad que fuera de las públicas manifestaciones, propaganda y movilizaciones, pesa el secreto Pacto de Londres, en el que los líderes de la Entente prometen satisfacer las reivindicaciones irredentistas italianas tras la derrota austro-germana, a cuenta del Imperio Austro-Húngaro. Sin embargo, el liderazgo sindicalista revolucionario, y también Mussolini, consecuentes con su posición intervencionista, la tesis sobre la guerra revolucionaria y los principios de acción directa, se enrolan en las filas del ejército italiano y pagan un alto precio en sangre. Son una cincuentena de líderes que se conducen fieles a

¹⁹ A. De Ambris, «Il sindacalisti e la guerra», *L'Internazionale*, 22/08/1914, 1.

²⁰ Sobre la secuencia histórica precisa, véase el capítulo IX en R. De Felice, *Mussolini il rivoluzionario*, Torino, Einaudi, 1965.

los principios que sustentan. Tras seis meses de guerra, nueve habrán sido heridos y seis habrán muerto²¹. Filippo Corridoni muere en 1915 combatiendo sobre el Carso.

La guerra cataliza el desarrollo ideológico sindicalista en un socialismo cada vez más nacional y más lejano del Marxismo. El golpe de gracia lo proporcionan los eventos de octubre de 1917. Para los revolucionarios italianos, octubre de 1917 es no sólo el mes de la Revolución Bolchevique sino también el de la derrota de Caporetto. El sindicalismo, cada vez más nacional, se define en defensa de una Italia que ha invertido tanto sacrificio en esta guerra y contra una revolución que pareciera ser internacionalista. El fondo teórico del rechazo está en el produccionismo que ve en el marco de la nación el esquema de la posible revolución social futura. Impedir una guerra civil destructora del aparato productivo se transforma también en una prioridad.

En 1918, De Ambris, Labriola y sus seguidores desarrollan los principios del sindicalismo nacional. El interventismo de izquierda va adquiriendo nuevas formas políticas. Labriola será elegido al parlamento por la lista de la Unione Socialista Italiana (USI), y más tarde, será el ministro de trabajo del gobierno de Giolitti que propondrá la fórmula resolutive del conato revolucionario socialista que en agosto-septiembre de 1920 se desarrolló a través de la toma y puesta en funcionamiento del cinturón industrial del norte del país por parte de las Brigadas Rojas de aquel período. De Ambris funda una nueva publicación teórica, *Rinnovamento* que desplaza a *Pagine Libere*, como principal foro de desarrollo ideológico sindicalista. Los sindicalistas, ahora agrupados también en la Unione Italiana del Lavoro (UIL), hacen suyo el lema que encabeza el periódico de esta institución, *L'Italia nostra*: «La Patria non si nega, si conquista!». Bajo este lema operará el sindicalismo nacional durante el biennio rosso de 1919-1920.

La huelga de Dalmine, que estalló en marzo de 1919, fue la primera prueba de fuego de las tesis del sindicalismo nacional. Grupos de obreros sindicalizados intentaron hacer funcionar la fábrica ocupada por ellos mismos, con mayor eficiencia que los propietarios y a la vez ejercitando una distribución equitativa de las ganancias. Este tipo de acción directa fue rechazada por el PSI y la CGL²². La autogestión obrera se convierte en el tema central del sindicalismo nacional. Sólo la huelga productivista sería, en este tipo de visión, capaz de neutralizar la capacidad represiva de las clases propietarias a través del Estado. La resolución de la toma del cinturón industrial del norte de Italia

²¹ «I loro e i nostril», *L'Internazionale*, 25/12/1915, 1.

²² S. Nosengo, «Dalmine docet», *Il sindacato operaio*, 05/03/1920, 1.

se realiza en base a propuestas sindicalistas nacionales que negocia Arturo Labriola como ministro de trabajo, y que contemplan la participación de los obreros en la dirección de las empresas en las que trabajan, consiguiendo hasta una cierta medida de control sobre la parte financiera²³.

Giolitti había logrado devolver las fábricas ocupadas a sus propietarios y devolver el honor perdido a los obreros. Pero al realizar esta maniobra, como liberal, pierde el apoyo de los grupos empresariales, los que claramente vuelcan su apoyo a un nuevo movimiento político que, aunque viene de las mismas fuentes de inspiración ideológica, ya ha demostrado su voluntad de combatir a la amenaza socializante en forma violenta: el Fascismo.

Los sindicalistas nacionales, tras casi dos décadas que sintetizaban elaboraciones ideológicas con experiencias políticas habían evolucionado en dirección al reconocimiento que aunque la infraestructura económica era de primordial importancia, todo cambio en ésta debía estar envuelto en una solución política aplicable a toda la sociedad.

El modelo teórico puro había desembocado en otro canal que sería considerado por el Fascismo ya establecido en el poder como su antecedente constitucional más claro. En septiembre de 1919, cuando D'Annunzio marcha sobre Fiume, los sindicalistas nacionales no dudan en apoyarlo²⁴. Para la UIL, Fiume es parte de Italia. De Ambris la visitó tras la ocupación y retornó a la urbe istriana en enero de 1920, como secretario del gabinete del comando de Fiume²⁵. De Ambris, desde su cargo de secretario político, elaborará en clave nacional-sindicalista el diseño constitucional de la Carta del Carnaro²⁶. Este documento que muchos consideran la prefiguración del corporativismo fascista será, desde su publicación en 1920, el manifiesto guía del sindicalismo nacional.

CONCLUSIÓN

Muchos fueron los sindicalistas nacionales que adhirieron al Fascismo. Su desarrollo ideológico, sumado a la experiencia de la guerra y al desarrollo político que habían vivido en el seno organizacional y publicista del sindica-

²³ «Il nuovo testo del decreto», *Avanti!*, 21/09/1920, en: P. Nenni, *Storia di quattro anni: 1919-1922*, Milano, 1976, 115.

²⁴ «Cronache politiche. L'impresa di Fiume», *Il Rinascimento*, 15/10/1919.

²⁵ R. De Felice, *Sindacalismo rivoluzionario e fiumanesimo nel carteggio De Ambris-D'Annunzio*, Brescia, Morcelliana, 1966, 65-66.

²⁶ Véase, M. Sznajder, «The Carta del Carnaro and Modernization», *Tel Aviver Jahrbuch fur deutsche Geschichte*, 19, 1989, pp. 439-461.

lismo revolucionario, apuntaba en esa dirección. El Fascismo de la primera hora, no sólo había sido ideológicamente guiado por el Sindicalismo Revolucionario y más tarde nacional, sino que, como parte del interventismo de izquierda, era miembro de la misma familia política y tenía los mismos enemigos. La aversión común por la democracia liberal por un lado y el socialismo revolucionario marxista por el otro, hacía que el límite entre el Fascismo de la primera hora y el sindicalismo nacional fuera muy difuso y permeable. Mussolini mismo reconocía que Labriola, Leone y De Ambris eran las fuerzas vivas de un socialismo innovador y que le habían abierto el camino a la fundación de los Fasci di combattimento de 1919.

El fracaso del conato revolucionario de 1920, encabezado por las Brigadas Rojas durante la toma del cinturón industrial del norte italiano, había no sólo sellado el futuro inmediato de una posible revolución al estilo soviético en Italia. También había desviado la base socio-económica de la transformista democracia liberal italiana hacia el Fascismo.

Los principios sindicalistas revolucionarios de acción directa habían constituido un nuevo estilo político que con la guerra y la experiencia de la camaradería de las trincheras, habían llevado un concepto como la violencia de Sorel a convertirse en un nuevo estilo político combatiente, miliciano y físicamente violento. Las concepciones estéticas de D'Annunzio, acopladas al texto político de De Ambris en la Carta del Carnaro, pero practicadas militarmente en acciones de coraje y alto valor simbólico en la guerra y luego en el episodio de Fiume, se agregaban al cuadro general del Fascismo. El Duce, líder carismático que «dialoga» desde el palacio de gobierno con el pueblo, circundado de imágenes uniformadas y glorificantes venían a tender un puente entre un Estado que no sólo no desaparecía, sino que en este tipo de interacción movilizaba a la masa y la integraba a la realidad política moderna, por lo menos en una dimensión simbólica.

Nuevas identidades colectivas medidas por un Estado que sería cada vez más poderoso iban surgiendo en base a un desarrollo ideológico revolucionario que privilegiaba un orden social productivo, disciplinado y voluntarista. Esta mezcla de elementos debía mucho al desarrollo ideológico del sindicalismo revolucionario. Este movimiento partiendo a principios del siglo XX de posiciones marxistas revolucionarias y muy influenciado por las corrientes de la revolución cultural que pone en duda al positivismo, va desarrollando un nuevo tipo de socialismo que, sin dejar de aspirar a la revolución va internalizando motivos anti-racionalistas, anti-materialistas y anti-universalistas que le permiten dialogar con el nacionalismo radical.

El socialismo nacional resultante vive la experiencia de la Primera Guerra Mundial como catalizador de una ideología ya madura, hacia la práctica política del Fascismo en la inmediata post-guerra.

El fracaso de la ocupación y autogestión de las fábricas del cinturón industrial del norte de Italia y el ulterior fracaso de la toma y ocupación de Fiume impulsan a muchos sindicalistas nacionales a adherir al Fascismo. Este movimiento, establecido por Mussolini en la Piazza San Sepolcro de Milán, el 23 de marzo de 1919, cuenta entre sus miembros fundadores a dos prominentes sindicalistas revolucionarios: Michele Bianchi y Agostino Lanzillo.

Con la idea de que el alma del Fascismo estaba dividida entre su faz social, que provenía ideológicamente del sindicalismo revolucionario, y su faz reaccionaria, proveniente del nacionalismo, muchos líderes y teóricos del sindicalismo nacional adherirán al Fascismo, para recuperarlo como movimiento político revolucionario. Entre estos estarán Panunzio, Orano, Olivetti, Rossi, Dinale, Mantica, Ciardi, Razza, Racheli, Rocca, Amilcare De Ambris (el hermano de Alceste De Ambris), Masotti, De-Pietri, Tonelli y Renda.

Arturo Labriola se alejará al exilio para volver y adherirse ya al régimen, cuando la conquista de Etiopía, en 1935, lo hace soñar nuevamente con el imperialismo de la nación proletaria.

Alceste De Ambris se exiliará en Francia y activando en el anti-fascismo rechazará las ofertas de volver a Italia para ser ministro de las corporaciones del régimen fascista, siendo este concepto ordenador social y económico uno que él mismo aportó en la inmediata primera post-guerra.

En 1921, en el Manifiesto dei sindacalisti, Angelo Oliviero Olivetti explica cómo la consciencia de clase viene sustituida por una concepción ético-nacionalista de identidad colectiva y política. En esta visión, el productor, conquista su libertad moral de realizar la revolución social, que es ante nada, una revolución nacional. Ya no hay dudas. La nación es más importante que las clases sociales. Las consideraciones de clase deben ser canceladas frente a los intereses nacionales. Para Olivetti, en el marco del sindicalismo nacional y del Fascismo, su doctrina es aristocrática, tensada y reforzada por la fibra moral de los italianos. Esta doctrina revela un voluntarismo férreo que impulsa a la sociedad hacia adelante. El materialismo histórico había sido superado por el contenido revolucionario idealista del sindicalismo y la regeneración ética queda insertada en el voluntarismo productivista aportado por De Ambris. La migración ideológica del Socialismo al Fascismo había sido completada.

Registro bibliográfico

SZNAJDER, MARIO

«Sindicalismo Revolucionario y Fascismo: ideología y estilo político», en: ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, año XVII, Nº 33, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre, 2007 (pp. 15-29).